



CONVERSATORIO

GILMER MESA



Por una literatura honesta, brutal y empática. Entrevista a Gilmer Mesa

*For honest, brutal and empathetic literature.
Interview with Gilmer Mesa*

Nahuel Roldán¹ y Esteban Rodríguez Alzueta²

Gilmer Mesa es un escritor colombiano, nacido y criado en Medellín, que hizo del barrio donde creció y vive su lugar en el mundo. Un mundo violento, pero también un mundo lleno de otras oportunidades. Gilmer estudió Filosofía y Letras, y es magister en Literatura por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, donde ahora es profesor.

No está en los planes de Gilmer romantizar lo que le rodea, pero tampoco quiere ser injusto con la historia que le tocó. Eso sí, Gilmer pretende discutir los lugares comunes que la cultura de masas ha ido componiendo para contar los barrios plebeyos. Narraciones que ponen a esos barrios en lugares donde no se encuentran. Narraciones exotizadas que invitan al pánico moral, a referenciar a esos barrios como “zonas calientes”. Gilmer no niega el mundo de las pandillas ni la violencia que atraviesa estos barrios. Pero las mira y cuenta con las vivencias de sus protagonistas, hasta devolverle un rostro donde conviven la crudeza y la ternura, la pérdida y la amistad. No hay historias sencillas, sino historias llenas de paradojas. Mesa encontró en la voz del joven que fue alguna vez, un tono, una intensidad, y un conjunto de experiencias que descolocarán al lector tomado por la indolencia y pereza intelectual, que vive de los cuentos que se les administra en cómodas cuotas desde los medios de comunicación.

Eso es lo que se propone Gilmer en las novelas *La cuadra* (2016) y *Aranjuez* (2024), ambas publicadas por Random House. Dos novelas contadas en primera persona, donde la literatura se confunde con la autoficción. Dos novelas que cargan con la difícil tarea de devolverle la voz a los que están destinados a hablar a través de nuestros miedos, nuestros prejuicios.

¹ LESyC Universidad Nacional de Quilmes
<https://orcid.org/0000-0001-7121-2850> 
nroldan@jursoc.unlp.edu.ar

² LESyC Universidad Nacional de Quilmes
<https://orcid.org/0000-0003-2736-4341> 
e.rodriguez.alzueta@gmail.com



DOI: 10.5281/zenodo.16071746

Copyright © by
Cuestiones Criminales

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

Citar: Roldán, N. y Rodríguez Alzueta, E. (2025) “Por una literatura honesta, brutal y empática. Entrevista a Gilmer Mesa”, *Cuestiones Criminales*, 8 (15): 106-115.

POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST: The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

PALABRAS CLAVE: literatura, escritura, autoficción
KEYWORDS: literature, writing, autofiction

El destino de “los pueblos sin historia” (y lo decimos entre comillas), es el “basurero de la historia”. En un momento señalas en *Aranjuez*: “A las personas nos determinan más las historias que guardamos que aquellas que revelamos”. Y en ambas novelas el narrador se mueve como testigo, es un depositario de las historias destinadas a que se las lleve el viento. De hecho, en otro lugar señalas: “en este país de almas en pena donde los muertos, por ser tantos, se mueren del todo por falta de quién los recuerde”. Es decir, alguien tiene que recordar a los muertos. Recuerdos que son narrados con una mirada piadosa o compasiva, que no se apresura a juzgar a nadie. Por eso, para empezar, te preguntamos: ¿experimentas a la literatura como un mandato?

Bueno, yo creo que sí. Como digo en *La cuadra*, algunos están destinados a protagonizar la historia y otros tan solo a tomar una foto y escribir las novelas. Yo era un visitante de toda la literatura que hablaba de los barrios populares, por ejemplo, siempre he sido muy fanático del escritor argentino Roberto Arlt. Veía como en cierta literatura latinoamericana, sobre todo la mexicana y argentina, había una voz que salía del mismo barrio y podía hablar con cierta propiedad de las dinámicas barriales. Mientras que en Colombia veía que era la elite la que se había encargado de contar la historia de los barrios, incluso la historia literaria, y siempre lo hacía con una voz de turista, que se inventa un barrio porque no lo conoce, y, entonces, empieza a dar una radiografía muy tendenciosa, muy alejada de la realidad, muy caricaturesca. Era una literatura que hablaba de las cosas que yo estaba acostumbrado a ver y con las que había crecido, pero no la reconocía como propia. Entonces siempre me dije que el día que me dedicara a escribir tenía que hacerlo desde una honestidad brutal. Tu recién hablabas de una “mirada compasiva”, yo creo que se le puede aplicar ese adjetivo, pero no la indulgencia. Yo no quería ser indulgente con los personajes, ni con las historias. Quería que se relataran desde una voz propia, la voz de la persona que la vivió, que conoció esas dinámicas, que está orgulloso de haber sido y de ser de un barrio popular, pero que respeto las historias. Una voz, por cierto, que yo no había encontrado en la literatura de mi país. Si a esto le podemos llamar “mandato”..., bueno sí. Aunque cuando decís “mandato” me acuerdo de la frase de Truman Capote cuando decía que “cuando uno tiene un don también le dan un látigo y ese látigo solo sirve para autoflagelarse”.

La cuadra y *Aranjuez* son las dos caras de una misma moneda, dos de los destinos que depara vivir en el mismo barrio. Si en *La cuadra* contas la vida de “los pillos”, en *Aranjuez*, la vida de “los sanos”. Visto Medellín desde *La cuadra* parece un lugar tomado por los combos o las pandillas. Pero en *Aranjuez*, reponés otras derivas para los jóvenes que crecieron en ese mismo barrio, y de esa manera le devolvés la complejidad que tenía el barrio. Un barrio que tiene el mismo telón de fondo, pero cada uno de los jóvenes nacidos

y criados en ese barrio ensayó distintas estrategias para hacerle frente: a veces fue el universo criminal del combo, pero otras veces, fue el trabajo, el estudio, la música rock, el fútbol, la religión, la mudanza del barrio. Sin embargo, todas esas “elecciones” -y que conste que digo elecciones también entre comillas- se midieron con la violencia, no podían escapar a las distintas formas que iba asumiendo la violencia. Hablemos, entonces, de la violencia, de esa violencia que se presenta como un lugar común, la violencia como lengua franca.

Me di cuenta de ese postulado que vos estás describiendo cuando recién estaba escribiendo *Aranjuez*. Escribí *La cuadra* porque necesitaba sacarme de adentro un montón de vainas, de tramitar un montón de cosas, pero no tenía ninguna pretensión con esa novela. No conocía a nadie en el mundo editorial. De hecho, fue una novia que tenía en aquella época la que se interesó en postularla para un concurso que había aquí, en Medellín. Después de ganar ese concurso, Random House se ofreció a publicar, y fue a partir de ahí que las historias que se contaban detonaron un interés inusitado. Fue maravilloso, pero el retorno que me llegaba de esas historias no era el que podría haber esperado: la gente empezó a aseverar que el noventa y nueve por ciento de la gente que vivía en los barrios populares éramos bandidos. Y entonces a mí eso ya me empezó a no gustar y comencé a pensar *Aranjuez*, una novela que fuera, como vos decís, “la otra cara de la moneda”. Pero en ese momento también me surgieron un montón de dudas ontológicas, donde yo me preguntaba si era escritor, si era capaz de tirarme a otro escenario literario. Y ahí se me da por escribir *Las travesías* que es una novela completamente distinta, una novela rural, que habla de un período de tiempo que abarca todo el siglo XX, desde la fundación de una vereda hasta las masacres horrendas de La granja y del Aro. Recién después de *Las travesías* me dije “llegó el momento de escribir la otra cara del barrio” donde la idea era, efectivamente, indagar el universo de aquellos que no se decantaron por la esquina. Pero a medida que fui escribiendo esa novela, vi otra cosa muy distinta, y era que, quiérase o no, a todos nos tocaba ese vórtice que era la esquina y la vida del hampa. Unos porque se fueron por ese lado, y otros porque despreciaban ese lado, y casi como que uno se terminaba convirtiendo en víctimas de los otros. Y escribiéndola me di cuenta también que la violencia era endémica, que no había forma de esquivarla, y había que aprender a convivir con ella, a buscar recursos que nos permitieran habitar esos sitios sin estar entregado a la violencia. Pero además de la violencia, había un destino fatal que perseguía a todos aquellos que tuvieron que ver con una época más que con vivir en un barrio. Porque lo que cuento en *La cuadra* y *Aranjuez* pasó en muchísimos barrios de Medellín, en otros de Bogotá y Cali. Entonces era más una suerte de destino siniestro que nos persiguió a todos los que habitamos esa época; una época de la que era muy difícil escindirse. Incluso quienes cogieron otros caminos

también terminaron ejerciendo una violencia muy distinta. Pero dentro de esas dinámicas había unas formas de sobrevivencia, de afecto, que fue lo que salvó finalmente a todo el mundo que representa el noventa y nueve por ciento de la gente que vive en estos barrios. Lo que pasa es que los que estuvieron vinculados directamente con la violencia fueron muy ruidosos, e hicieron tanto ruido que parecían que era la voz oficial de toda la época, cuando en realidad solo fueron una minoría que hizo mucho escándalo y muchos estragos. De modo que lo que me había propuesto era rescatar esas historias de la gran mayoría que, por más que estuvieran signadas por aquel destino fatal, fueron capaces de ponerle el pecho y salir de ahí o convivir con ello, para sacar sus vidas adelante, criar a sus hijos tan jodidamente encantados con la esquina y proponerles formas alternativas de enfrentar la realidad.

Argentina no es Colombia, Buenos Aires tampoco Medellín y, sin embargo, muchas de las prácticas que se describen en *La cuadra* y *Aranjuez* son las mismas o más o menos las mismas. Tal vez la intensidad anímica puesta en cada una de esas prácticas sea diferente, pero hay muchas cosas en común. Vos ensayás una respuesta en *Aranjuez* con “la teoría de los roles”: una sociedad que distribuye los roles en los barrios. Por eso cambian las ciudades, cambian los barrios, las esquinas, pero los papeles que la sociedad tiene reservado para un joven que vive en estos barrios plebeyos es muy parecido. Nos gustaría que te explayas sobre esta idea o tesis.

Cada vez más compruebo que las diferencias verticales que nos habían enseñado son en realidad diferencias horizontales. Y al ser horizontales gobiernan a todos los pueblos de la tierra. Siempre ha habido una elite interesada en mantener abajo a los que son de abajo, que son la mayoría. Pero esos de abajo se terminan pareciendo a los de arriba, terminamos reproduciendo las mismas dinámicas de las elites. Hace poco leí un libro argentino sobre ese combo jodido que tienen ustedes en Rosario, la banda de los monos [*Los monos. Historia de la familia narco que transformó a Rosario en un infierno* de los periodistas Germán de los Santos y Hernán Lascano], y lo que leí se parecía muchísimo a la historia de muchos combos de Medellín. Y también leyendo *Conexión Bogotá*, de un colega de ustedes, Nahuel Gallota, que además es amigo mío, que habla de los ladrones internacionales que había en Bogotá y fueron a parar, entre otros destinos, a Buenos Aires y se encontraron con que allí ya había unas camarillas de ladrones especializados en robar. Entonces veía que había dinámicas muy similares. El año pasado también estuve en México que tiene patrones muy similares a los que yo conocí y vi de cerca en los '90 en Medellín. Y estoy seguro que en Perú, en Chile, en La Habana, en todas las grandes ciudades, están ocurriendo cosas similares porque la dinámica es la misma, porque hay una élite que configura una moral pública, pero al mismo tiempo tiene otra moral en la

cual se abrigan, y entonces ellos tienen casi todo monopolizado y al resto nos ponen a competir entre nosotros, haciéndonos sentir además culpables de esa competencia. Por eso pienso que esos patrones se repiten, sobre todo en América Latina. Aunque también en los guetos de los EEUU podemos encontrar algo parecido. Pensemos nomás en el Tren de Aragua, esa megabanda venezolana que pegó por todos lados. Tal vez no entró en Medellín porque acá los combos son muy aguerridos y no iban a dejar que se les entre aquí tan fácil. Pero ya están instalados en Bogotá, en Buenos Aires, Lima, y en otras grandes ciudades. De modo que ya estamos hablando de una mafia transnacional con dinámicas que pegaron también en todos esos países, y no solo porque encontraron un territorio fértil para que prendieran, sino porque esas dinámicas ya existían en esos territorios. En todo caso si se pudieron instalar en esos territorios es porque ellos fueron más violentos, porque estaban más armados y en pie de guerra. Pero yo creo que compartimos la misma marginalidad y los mismos privilegios. Entre los privilegiados se ha mantenido un estándar de convivencia que desprecia a casi todo el resto, y ese resto se ha tenido que buscar unas formas de participación paralelas. No en vano, uno de los grupos más jodidos que tenemos en Colombia, que son los paramilitares, han inventado un mundo paralelo. Si ustedes van a un barrio popular cualquiera, se van a encontrar con un para-Estado, con una para-economía, y una para-justicia. Los habitantes se tuvieron que crear nuevas formas de vinculación y nuevos ordenes sociales porque el orden oficial, lo que hizo siempre, fue correr más el margen, dejarnos a todos los marginales apiñados en esa marginalidad. Por eso pienso que un villero de Buenos Aires podría vivir tranquilamente en cualquier comuna de aquí, y no notaría mucho la diferencia. Tal vez encuentren algunas diferencias en cuanto a las maneras de hablar, pero en cuanto a las dinámicas socioculturales no notarían grandes diferencias.

Me gustaría volver sobre la figura del padre, tan presente en *Aranjuez*. La figura paterna que carga o cargado alguna vez con la sobrevivencia, la pertenencia y la autoridad. Padres, algunas veces, que no pudieron estar a la altura de los roles que les imponía la sociedad imaginada, que no solo no podían contribuir a la sobrevivencia, sino que la actual identidad que proponían no era muy atractiva para sus hijos, y, por tanto, la autoridad aparecía cuestionada. Y cuando la realidad pasa por arriba a los padres, estos sienten devaluada su autoridad. Una devaluación que impacta en la vida de los jóvenes que ahora van a buscar al combo lo que ya no encuentran en su hogar. Hablemos, entonces, del lugar que tiene la grupalidad en la vida de estos jóvenes. ¿Qué necesidades morales van a buscar los jóvenes en la vida en grupo?

Mira, en primer lugar, yo he entendido al combo y a los barrios populares como una suerte de familia extendida. Una familia que cumple incluso con los mismos roles

jerárquicos que tiene cualquier familia. Ante la falta de un padre presente o de un padre admirable, la figura del patrón o jefe de banda adquiere una preponderancia en la organicidad del barrio popular, para darle sentido a la vida de cada uno, qué hacer en el mundo. Hay un montón de adolescentes que provienen de familias disfuncionales o sin familia directamente, que encontraron en el combo a una figura paterna y sobre todo una función social. No olvidemos que en la adolescencia lo que más necesitamos es pertenecer a algo y ese sentido de pertenencia se lo ofrecían los combos o lo encontraban en los combos.

Ahora bien, dicho esto, reconociendo la importancia que tiene el combo en la vida de estos jóvenes, lo que a mi me interesaba en *Aranjuez* era discutir ese lugar común que asociaba la vinculación de los jóvenes al combo porque las familias eran disfuncionales; que por el solo hecho de tener un padre que era aficionado a la bebida eso ya hacía que sus hijos se vinculasen con las pandillas. Es decir, si los hijos hacían las cosas que hacían en el combo eran porque sus padres eran “malos padres”. Yo conviví con muchos padres que si bien eran unos borrachos eran muy buenos padres, se jugaban la vida por sus hijos, y siempre estuvieron presentes con todas las precariedades que tenían. Incluso con precariedades sentimentales como era el caso de mi padre, que le costaba mucho demostrar el afecto con palabras o gestos afectivos. Era muy difícil que mi papá le diera un abrazo o un beso. Incluso cuando ya estaba viejo yo le decía: “¿vos si me querés?”, y él me decía: “¡¿Pues como uno no lo va querer a ustedes?!”, es decir, me respondía con la lejanía de la tercera persona. [Risas] Pero, aun así, siempre que yo lo necesité, siempre estuvo ahí, y siempre me dio a entender, con gestos muy distintos, que eran muy de él, que yo era el amor de su vida. Entonces en *Aranjuez* quería reivindicar la vida de esos padres que, más allá de las falencias que tenían, siempre estuvieron presente en la vida de sus hijos. No me parecía justo que estos padres pasaran a la historia como “malos padres”, que por el solo hecho de vivir en estos barrios populares y tener algunos vicios, ya eran malos papás y fueran los responsables de que sus hijos terminasen en los combos.

Hay una escena en *Aranjuez* que nos llamó la atención. Cuando el personaje Colombia, que es uno de la familia nombrada como “los piojos”, que había sido etiquetada por los vecinos como problema, la fuente de los problemas del barrio, depositario de los problemas que tenía el barrio, es asesinado. Un asesinato que tuvo dos protagonistas. Por un lado, un protagonista directo, que es el que apretó el gatillo, pero después hay otro protagonista indirecto, que es el vecindario, que son todos los que fueron devaluando su identidad, que lo convirtieron a él y al resto de los miembros de aquella familia en “sujetos matables”. Ahora bien, en ese momento, con el asesinato la suerte de la familia da un giro, porque los vecinos que antes se alejaban ahora se acercan. Entonces,

lo que te quiero preguntar es lo siguiente: ¿Te parece que la violencia tiene un papel sacrificial, es decir, tiene la capacidad de juntar o religar, o humanizar, de construir comunidad? O, por el contrario, ¿te parece que la violencia que se padece es simplemente el derecho de piso que tienen que pagar las personas para ser aceptado como miembro de la comunidad?

Yo creo que tiene las dos cosas. López de Vega ya lo había dicho en *Fuenteovejuna*, donde es todo el pueblo el que mata al personaje. Esta imagen siempre me quedo dando vueltas en la cabeza porque también me tocó vivirla en mi barrio. Mira, uno de los problemas más jodidos que tenemos las sociedades contemporáneas y menos conversado, es el arribismo. Se trata de una elaboración que han hecho las elites para que los de abajo en su aspiración de llegar a una mejor condición social crean que los culpables de esa desfavorabilidad de la suerte son sus iguales. Los ricos no son arribistas, son ricos y son unos mal paridos. Los pobres y las clases desfavorecidas son arribistas, porque son los que quieren o tienen las aspiraciones de llegar a. Entonces, en esas dinámicas dentro de los que comparten la marginalidad de la que venimos hablando siempre se ha buscado como estar un poquitico mejor que el otro. Y esto es lo que yo quería explorar con Los piojos, porque es lo que vi y lo viví tremendamente. Aquí en este barrio, donde todos éramos más o menos iguales, con las mismas condiciones, asediados por la misma violencia, con las mismas carencias económicas, que alguien del combo viviera un poquito menos mal que los otros, eso ya les daba como una sensación de grandeza que era muy jodida de afrontar. Vivíamos en el mismo barrio, pero al estar en el combo se sentían dueños de una superioridad moral. Porque no olvidemos que todo deseo de superioridad social entraña una superioridad moral.

Lo otro que quería explorar en ese capítulo dedicado a Los piojos era “el derecho de patio”, el derecho que hay que pagar en un barrio para ganarse un puesto. Porque lo que siempre he notado en el barrio es que la gente que sufre es mucho más condescendiente con el otro cuando este ha sufrido. Es como que todo el que sufre tiene una suerte de superioridad, como que “yo sé lo que es sufrir” y “solo acepto de mi lado a los que hayan sufrido cosas similares a mí”. Los que no han sufrido esas cosas similares se les levanta una barrera hasta que sufran. Y esto es otra suerte de arribismo, un arribismo del dolor. Pero que en sociedades tan permeadas por la violencia humanizan a la gente. La gente puede entender más el lado humano del otro cuando es sometido a los mismos dolores que la sociedad les impone. Una vez que las personas sufren una pérdida son finalmente aceptados en el barrio. Como sucede en la cárcel, donde uno también tiene que pagar el derecho de patio y se cobra casi siempre con un acto violento.

Tus novelas tienen muchos telones de fondo como por ejemplo los desplazamientos poblacionales producto de una guerra que todavía dura, y el impacto que tuvieron los mercados de drogas ilegalizadas en los barrios, especialmente, en la vida de los más jóvenes. Nos gustaría que te explayas en este último telón de fondo: ¿cómo vivían los jóvenes de los combos los mercados criminales?

La diferencia entre entonces y ahora es abismal. En los años noventa los grupos del barrio se movían, sobre todo, en el sicariato y en pequeños robos; casi ninguno de nosotros conocía a alguien que enviara cocaína a Estados Unidos. El músculo financiero lo tenían unos pocos capos y eso alimentaba fenómenos como el sicariato. Tras la muerte de Pablo Escobar esa estructura piramidal se pulverizó y dio paso a una red horizontal donde irrumpieron también los paramilitares. Desde entonces, casi todos los combos se financian con el microtráfico y con las «vacunas»; incluso montan negocios aparentemente legales —un gallinero que obliga a las tiendas a comprarles los huevos, una fábrica de arepas, un servicio de vigilancia «privada». Esa economía lo tiñe todo y hoy la mayoría de los jóvenes, de una u otra forma, está atravesada por ella.

Siguiendo el hilo de esto, te planteamos otra repregunta: cuando la violencia sigue una lógica jerárquica y vertical —con un único capo identificado— hay al menos cierta previsibilidad. Pero cuando esas jerarquías se rompen y la violencia se vuelve horizontal, reticular, ¿se vuelve más difícil de anticipar y golpea con más fuerza al barrio y a la gente común?

Si claro, por supuesto, y de hecho ello nos lleva a otra cosa y son esos paralelos que te mencionaba. Cuando usted conoce las dinámicas de esas estructuras piramidales como la de los monos, nadie lo avala, pero se acostumbra. Pues uno ya sabe a qué atenerse. Pero cuando se vuelve reticular, horizontal, como vos decís, ya es muy difícil, cada vez es más complicado... Porque una cosa es que haya un solo combo y otra que haya cinco. Porque ya son cinco los que te piden y se crean nuevas fronteras que ya no sabes manejar bien. Antes vos sabías como manejarte, por donde podías andar, pero ahora hay tantas fronteras, que ya no sabemos por dónde caminar. Esta reticulación cambió al barrio otra vez. Ahora, creo que cada época aprende a convivir con estos fenómenos. Y esto es así porque es la única que hay, ¿cierto?

Ahora, lo que también hay que resaltar, es que esos fenómenos siguen siendo fenómenos que involucran a poca gente del barrio; lo que pasa es que esas minorías tienen mucho poder, hacen mucho escándalo. El resto de la gente de los barrios populares, las grandes mayorías, seguimos trabajando por levantar a la familia, por hacerla bien. La gente sigue

teniendo una suerte de optimismo que incluso a mi me sorprende. Pero la seguimos luchando todos los días.

En las ciencias sociales solemos atribuir la violencia a procesos macro y evitamos decir que, muchas veces, los pobres se dañan entre sí. Cuando escribís, ¿te planteás un límite ético respecto de cómo representar esa violencia? ¿Te preocupa la imagen que tu libro puede dar de un lugar que muchos lectores quizá nunca visiten?

Mi único compromiso al escribir es la honestidad. No escribo para un público ni para caer bien, y nunca maquillo la violencia ni la convierto en espectáculo. Tampoco hago apología: simplemente la describo como es, sin eufemismos. Conozco la solidaridad y la generosidad que existen en los barrios populares, pero también sé que hay dientes que muerden. Muchos discursos académicos trasladan la responsabilidad a abstracciones para sentirse confortables; eso me parece demagógico. Prefiero mostrar la realidad con sus contradicciones. Si alguien, por leer un libro o escuchar una canción, cree que ya sabe cómo es mi barrio, no puedo cargar con esa ignorancia: mi barrio es más que una etiqueta.

Y con esto viene otra cosa: a mi me molestaba aquella gente que sin conocer el barrio hablaba mal de él, y no solo que hablaran mal, sino que los taxistas no te traían, porque cuando uno decía que era de Aranjuez lo miraban rayado. Y todo eso me molestaba. Hasta que un día me dije: “Yo no puedo hacerme cargo de la ignorancia del otro”. “Si usted, por leer un libro, un diario, o por lo que ha escuchado por la TV, cree que sabe lo que es vivir en ese barrio, pues yo no voy a explicárselo.” Para mi es el barrio de la vida, es lo que quiero en la vida, sé las cosas buenas que tiene, sé también que hay gente que si uno se descuida lo muerden, pero... “yo no tengo por qué ir a tratar de venderle el barrio a usted”. “Si usted no quiere venir a visitarlo, enterarse de lo que sucede de primera mano cómo es el barrio... el problema es suyo, no mío”. Y esto ya me dejó un toque más relajado.

¿La ficción tiene siempre un tono autobiográfico?

¡Si, claro! Apuntamos a que la autobiografía funcione dentro del universo literario, si no conviene escribir una crónica en un diario. A mi me gusta pensar más la autoficción o la ficción como lo hizo Mary Shelley con *Frankenstein*. Shelley era la hija de un filósofo anarquista que le enseñó a vivir como anarquista y cuando crece y se enamora de un tipo casado que la desprecia. Y ella, en vez de escribir un diario para putear al papá fue hacer un librazo donde hay un médico, que ella admiraba, que crea un monstruo. Y cuando ese

monstruo toma vida y toma sus propias decisiones, el médico lo desprecia. El monstruo no es la criatura, sino el médico que la crea; de la misma manera, uno transforma la realidad para interrogarla desde otro lugar. ¡Eso es autoficción! Ella toma su propia vida como insumo para hacer una ficción poderosísima. Y eso es lo que trato de hacer en estas novelas, la elaboración que uno quiere hacer sobre su propia vida.